

La Hebra

Nombre: Emily Patricia Carmona Plaza | **Localidad:** El Palqui

Bajo el umbral de la casa, el tiempo parece haberse detenido. Ahí permanece la silla de mimbre, solitaria entre plantas y flores que fueron suyas, guardando el eco silencioso de su presencia. Basta mirarla para cerrar los ojos y oír su crujido bajo los pimientos, como si mi infancia aún estuviera a salvo en su regazo, aquí en el Limarí.

El viento de Monte patria no sopla de cualquier manera, se desliza por las rendijas, trayendo consigo el polvo fino de los cerros y el murmullo del Río Grande. Desde que partió hace dos años, las calles del Palqui conservan su memoria, pero su risa sigue flotando, enredada entre los hilos de lana con los que tejía mientras el sol quemaba los campos y el horizonte se teñía de oro.

Con una sonrisa cómplice me hablaba del Palqui Viejo, del pueblo que duerme bajo sueño profundo, abrazado por el Embalse La Paloma, convertido en una leyenda que habitaba en su voz. Heredera diaguita, me enseñó la nobleza del trabajo campesino, donde nuestros antepasados abrían la tierra a pulso bajo sol implacable.

Su fe era guía luminosa. Con devoción, caminaba tras la Virgen de El Palqui, compañera fiel que marcaba sus pasos en cada procesión, encendiendo una chispa sagrada que convertía cada latido en celebración de la vida.

Hoy la veo sonreír en cada rincón de la comuna. Su alegría se refleja en el brillo sobre el embalse y el verde de las higueras. En cada sendero la naturaleza imita su andar: la curva de los cerros dibuja su abrazo y el perfume de la tierra lleva su aroma. Nuestros antepasados no son sólo memoria; son fuerza que da latido profundo a este valle.

Recuerdo sus manos curtidas, como greda seca, sosteniendo las agujas con paciencia infinita, mientras hablaba de temporales y de cómo la tierra siempre devuelve el fruto. Conocía los secretos de cada quebrada, los caminos invisibles que conectan pasado y presente, y los nombres de los pájaros que pintan el cielo al atardecer. Frente a los paradones de adobe, aún oigo su voz pidiendo respeto al monte y dejándonos al cuidado de la Virgen.

Al caer el sol tras las cumbres y vestirse la comuna de violeta, abro los ojos y la descubro latiendo en todo el paisaje, donde la luz besa la silla vacía. Caminando orgullosa esta tierra generosa, comprendo que nuestros ancestros son el alma de Monte Patria, y que tejer con palabras su memoria, es un abrazo eterno para mi amada Ana Rosa Guaringa.